



# Del tratado metodológico de Marc Bloch a la reflexión teórica de Michel de Certeau\*

un estudio de Verónica Vallejo\*\*

[\*] Este ensayo fue publicado originalmente en 2003, en el primer volumen de *Desde la memoria* (e-book), Guadalajara: Editorial Decires.

[\*\*] Verónica Vallejo (Guadalajara, México; 1980), es pasante de la Licenciatura en Historia por la Universidad de Guadalajara. verovacache@yahoo.com

[1] BLOCH (1998).

...en historia como en todo lo demás, una práctica sin teoría cae necesariamente, tarde o temprano, en el dogmatismo de “valores eternos” o en la apología de un “intemporal”.

*Michel de Certeau*

El asunto central de este escrito no es nuevo, surgió cuando apenas cursaba el quinto semestre de la licenciatura. En aquel momento, se trató de un medio a través del cual buscaba exteriorizar la situación que percibía de la disciplina histórica en la Universidad de Guadalajara, es decir, quería dejar claro que las lecturas reflexivas sobre el historiador y su objeto de estudio habían sido escasas durante los primeros dos años y medio de la licenciatura y que, entre ellas, una había destacado siempre, a saber, *Apología para la historia o el oficio de historiador*,<sup>[1]</sup> de Marc Bloch. Además, no se trataba ni siquiera de la obra completa, sino solamente de uno de sus capítulos, “La observación

[2] DE CERTEAU (1993). histórica”.

Mi propuesta era sencilla, había que ir más allá. Me parecía que la obra de Bloch, aunque importante, no brindaba ya las herramientas necesarias para responder a las preguntas de qué era la historia y cuál su objeto, así como para enfrentar los constantes descréditos que sufría por parte de las demás ciencias. Aquí entraba en escena el estudio que recién acababa de conocer de Michel de Certeau, *La escritura de la historia*,<sup>[2]</sup> en específico el capítulo “La operación historiográfica”. En mi opinión, las propuestas de este teórico habían rebasado aquellas plasmadas en “La observación histórica” y, por lo mismo, no podían dejarse de lado. En otras palabras, invitaba a su lectura.

En ese contexto, me había parecido conveniente hacer una comparación entre el texto de Bloch y el de De Certeau, buscaba ver sus alcances, destacar lo que ofrecían.

Hoy recomendaría más de lo que en aquel tiempo recomendé y, en este sentido, digo que el tiempo, o se podría decir más bien la experiencia, suele ser un constante reconstructor de las posturas de todo historiador. Hoy me parece, como en un momento lo sentí con Bloch, que hay que ir más allá de De Certeau, no ya siguiendo a un autor en específico,

sino teniendo en cuenta que la disciplina histórica es pensada constantemente por muchos, y a todos ellos hay que atender.

De cualquier manera, la comparación entre Bloch y De Certeau que se elaboró entonces no deja de ser interesante, por ello cobra vida la presente publicación. Además, una cualidad del escrito que sigue vigente es la exposición clara y sencilla de la postura de De Certeau, que para muchos resultaba -y sigue resultando- ajena por el tipo de exposición del autor, la mayor parte del tiempo complicada.

El análisis y la comparación que se expondrán tal cual a continuación, se basaron no en las obras completas de los autores, sino en los dos capítulos mencionados con anterioridad. Hay que señalar también que algunas ideas provienen del prefacio de cada una de las obras. En el caso de Bloch, se trata del prefacio a la edición francesa escrito por Jacques Le Goff, y en lo que respecta a Michel de Certeau se trata de la parte titulada “Escrituras e historias”.

Para comenzar veamos primero la estructura de los capítulos. El de Bloch se encuentra dividido en tres: “Rasgos generales de la observación histórica”, “Los testimonios” y “La transmisión de los testimonios”. Igualmente, Michel de Certeau realiza tres separaciones que

a su vez se subdividen: “Un lugar social”, que abarca “Lo no dicho”, “La institución histórica”, “Los historiadores en la sociedad” y “El que permite y el que prohíbe: el lugar”; la segunda parte es “Una práctica”, subdividida en “La articulación naturaleza-cultura”, “El establecimiento de las fuentes o la redistribución del espacio”, “Hacer resaltar las diferencias: las desviaciones del modelo”, “El trabajo sobre el límite” y “Crítica e historia”; finalmente se encuentra “Una escritura”, integrada por “La inversión de la escritura”, “La cronología o la ley enmascarada”, “La construcción desdoblada” y “El lugar del muerto y el lugar del lector”.

Se me ha de disculpar por tan extensa recapitulación, pero ha sido necesaria para iniciar el análisis con una comparación del contenido de ambos textos. Ya a primera vista el texto de Michel de Certeau se presenta mucho más compuesto, y de hecho lo es. Mientras que él nos habla de un lugar social, una práctica y una escritura, todo lo abarcado por el capítulo de Bloch correspondería sólo a la cuestión de la “práctica”. Sobre los otros elementos no se presenta nada. Ante esto, vemos que los puntos de comparación que se pudieran hacer entre una y otra obra, tomando en cuenta sólo los capítulos, se

reducen de forma drástica. Además, es difícil confrontar a estos dos autores, pues aunque ambos tienen el objetivo de reivindicar para la historia el estatuto de ciencia, la obra de Michel de Certeau está unificada bajo una firme y novedosa idea: la obra historiográfica es un producto. Por ello, toma en cuenta elementos que en Bloch están totalmente ausentes, tal es el caso de la escritura.

Para facilitar la exposición de este trabajo, presentaré primero lo que plantea el capítulo de Bloch, para seguir después con la propuesta de De Certeau.

Bien hace en llamarse *Apología para la historia* la obra de Bloch. En ella, éste hace una decidida defensa de la “observación histórica”; cree que hay que matizar la afirmación de que todo conocimiento sobre el pasado es indirecto. Si por *indirecto* se entiende aquel conocimiento que llega al historiador a través de diferentes mentes humanas, señala Bloch, entonces el conocimiento sobre el pasado puede ser directo, en tanto que el historiador lleva a cabo inducciones, constatando un hecho sin la intervención de alguien más.

Por otro lado, afirma que el conocimiento de los hechos humanos en el pasado se lleva a cabo por medio de huellas, aseveración que también hace De Certeau: “La violencia del cuerpo llega

[3] DE CERTEAU (1993), p. 17.

[4] BLOCH (1998), p. 172.

hasta la página escrita por medio de la ausencia, por medio de los documentos que el historiador pudo ver en una playa donde ya no está la presencia que los dejó allí...".<sup>[3]</sup>

Ahora bien, sobre las huellas, sobre los testimonios, Bloch dio un gran avance respecto a sus antecesores los positivistas; al hablar de testimonios no se refiere sólo a los documentos, sino a "todo lo que el hombre dice o escribe, todo lo que fabrica, todo lo que toca".<sup>[4]</sup> Los testimonios no son nada sin la interpretación del historiador; hay que interrogarlos, hacerlos hablar, y como son tan diversos, para enfrentarlos tenemos que utilizar igual variedad de técnicas. Aquí, Bloch insertará la necesidad de las disciplinas auxiliares, de trabajo en equipo, de interdisciplinariedad.

Si el conocimiento de los hechos humanos en el pasado es un conocimiento por huellas, entonces nos enfrentamos a un problema: sólo conoceremos del pasado lo que él mismo nos deje conocer, lo que nos proporcione, y aunque interroguemos de manera extraordinaria a los testimonios, lo cierto es que el pasado es el "tirano" del historiador. Por lo anterior, en ocasiones, hacer historia sobre tal o cual tema no será posible porque no tenemos huella

alguna. En lo que respecta a la limitación de la documentación, al pasado hay que agregar la "transmisión de los testimonios". El acceso a los documentos muchas veces nos es imposible por la negligencia (falta de archivos organizados) o por la "pasión por el secreto" (ocultar la información).

Para Bloch también el pasado es algo dado, que ya no será modificado por nada. Sin embargo, el conocimiento del pasado es algo en progreso, que está en constante transformación y perfección. Hay que destacar aquí su concepción; para él, el conocimiento del pasado progresa más que nada por los nuevos descubrimientos (arqueológicos), por las nuevas y mejores búsquedas en las bibliotecas, por la aplicación de nacientes procedimientos de investigación, etc.

En pocas palabras, de esto trata "La observación histórica". Se puede objetar que Bloch propone muchas cosas más (la historia es el resultado de un vaivén del historiador desde el presente al pasado y desde éste al presente; entre los datos y la interpretación de éstos debe haber también un ir y venir; los hechos no son fenómenos objetivos que existen fuera del historiador, sino el resultado del

trabajo y de la construcción del historiador; el objetivo del análisis histórico es entender y no juzgar, etcétera). Es cierto, lo hace, pero a lo largo de su libro, y el objetivo de este ensayo fue, en un primer momento, analizar lo que se le brindaba al estudiante dentro del aula de clases, y en efecto, sólo se le ofrecía el capítulo “La observación histórica”, no la obra entera. Ahora bien, el verdaderamente interesado en la historia no se limita a realizar las lecturas obligatorias; va más allá.

Pasemos ahora con De Certeau. Para analizar y comprender sus planteamientos no hay que perder de vista el título de su capítulo: “La operación historiográfica”. Si Jacques Le Goff, en el prefacio de la obra de Bloch, señalaba que éste quería definir al historiador como hombre de oficio y buscar sus prácticas de trabajo, De Certeau va más allá; ve en la historia una verdadera operación, y a diferencia de Bloch toma en cuenta algo más que prácticas. Al hablar de operación se refiere a la combinación de tres elementos que no se han de separar: un lugar social, prácticas científicas y la construcción de un texto (una escritura). Sin embargo, la

novedad no sólo se encuentra en el tratamiento de los conceptos de *lugar social* y *escritura*; las *prácticas* de las que nos habla De Certeau distan mucho de referirse sólo a saber interrogar a los testimonios.

Antes de ahondar en la propuesta de Michel de Certeau aclaremos algo. Le Goff señala que Bloch siempre pensó que el historiador quedaba bajo la influencia no sólo de su época, sino del momento en que vivía, entonces, ¿podemos decir que Bloch también consideraba el concepto de *lugar social*? No, no hay que equivocarnos. La influencia que tiene en cuenta Bloch es una concepción muy distinta de la que maneja De Certeau, con el término *lugar social*. Para De Certeau éste tiene que ver con una institución histórica, con un saber acumulado, con el uso de técnicas y herramientas específicas, etc.

Aunque Bloch estaba consciente de que la ciencia histórica era un fenómeno por sí mismo histórico y por tanto sometido a condiciones históricas, no llegó a desarrollar como De Certeau ese enlace entre un saber y un lugar.

Entremos de lleno al análisis de los planteamientos de De Certeau. Hay que decir que su obra no sólo es una reflexión teórica sobre la historia, sino también es una historia de la historia, que tiene como

[5] Citado en  
DE CERTEAU (1993),  
p. 27.

límites geográficos y cronológicos a Europa y al siglo XVI respectivamente.

Buscando en el diccionario el término *operar* he encontrado la siguiente definición: “*producir* las cosas el efecto al que se destinan” o “producir cierto efecto”. Así, queda claro por qué De Certeau nos habla de una *operación historiográfica*: porque hay en ella la producción de un discurso, de una obra historiográfica, la producción de un saber histórico. Y más importante aún, cuando se produce ese discurso, se tiene un aumento de *capital* (en el sentido más económico del término), o sea, se tiene más o poco más de lo que se tenía al principio.

Ahora bien, traigamos aquí la idea que De Certeau retoma de Marx sobre producción:

Así pues, cuando hablamos de producción, se trata siempre de la producción en un estadio determinado de la evolución social de la producción de individuos que viven en sociedad [...] Por ejemplo, ninguna producción es posible sin un instrumento de producción [...], ninguna, sin trabajo pasado, acumulado [...] La producción es siempre una rama particular de la producción.[5]

La historiografía, pues, es un

producto humano y como cualquier otro producto- responde a condiciones de producción específicas, a un saber acumulado, al momento de avance de ciertas técnicas, etc. Así, podemos entender la decisión de Michel de Certeau de analizar un *lugar social*, una *práctica* y hasta la propia *escritura*, ya que ésta, a diferencia de tiempos anteriores, es considerada como parte del proceso de conocimiento.

Sin caer en el tedioso postulado de los positivistas, que levantaban la bandera de un “saber objetivo”, ni tampoco en el lado opuesto de Raymond Aron, que consideraba a ese saber determinado por elementos ideológicos, De Certeau señala que el saber no es algo ahistórico, por tanto, la investigación no puede deslindarse de un lugar de producción socioeconómico, político y cultural.

Al hablar de lugar social, una de las cosas que debemos tratar de manera específica es la institución histórica. Como información fundamental podemos decir que la institución del saber señala el origen de las ciencias modernas. El saber no se puede separar de una institución social; ésta “queda como la condición de un lenguaje científico”. El discurso histórico está pues estrechamente relacionado con el *cuerpo*

*social.*

Es interesante lo que señala Michel de Certeau respecto a que el propio texto denuncia su relación con la institución al utilizar el *nosotros* del autor. Vemos pues que la institución da una base social; al expresar *nosotros* uno se está apoyando en un lugar, y al hacerlo establece un *contrato*. De hecho, este contrato es necesario para que el historiador pueda agregar a su obra el adjetivo de *historiográfica*, pues si no es aceptado por la institución, el libro no tiene valor; pero este contrato implica adecuarse también a las reglas (implícitas o explícitas) de la institución.

Además de la propia institución, la historiografía está marcada por la comunidad de la disciplina: “cada disciplina conserva su ambivalencia de ser la ley de un grupo y la ley de una investigación científica”.<sup>[6]</sup>

Aún hay más: las condiciones de producción a las que se encuentra sometida la historiografía tienen una relación directa con el orden social (contexto histórico específico).

La historiografía es pues el producto de un lugar. Con respecto a la institución, las jerarquías que haya en ésta, los medios de reclutamiento, el apoyo financiero, etcétera, son algunos de los ejemplos que pueden influir en la

producción historiográfica. Más cualquier cambio en el orden social afecta a la comunidad de la disciplina y a la institución misma. Hemos llegado aquí a un punto interesante: el lugar es el que permite y el que prohíbe. El tratamiento de tales o cuales temas estará determinado por la situación en que se encuentre el historiador, por el presente mismo que viva. La estructura de su sociedad le permite algunos tipos de acercamiento a la información, y le prohíbe otros. Una situación social determinada cambiará el modo de trabajo y el tipo de discurso. “Precisamente, en función de este lugar los métodos se establecen, una topografía de intereses se precisa y los expedientes de las cuestiones que vamos a preguntar a los documentos se organizan”.<sup>[7]</sup>

Para Bloch, la limitación del conocimiento sobre el pasado radicaba principalmente en la escasez de huellas, de testimonios. Hay que recordar que para él, el pasado era el tirano del historiador. Ahora, con De Certeau, encontramos que lo que limita el tratamiento de ciertos temas no se debe al pasado tirano, sino al presente censor.

Ahora bien, recordemos que para Bloch el conocimiento del pasado está transformándose de forma continua por

[6] DE CERTEAU (1993), p. 73.

[7] DE CERTEAU (1993), p. 69.

[8] DE CERTEAU (1993), p. 79.

los nuevos hallazgos (arqueológicos y en bibliotecas) y por los nuevos procedimientos. Me parece que el conocimiento sobre el pasado considerando los postulados de De Certeau, se modifica por los cambios en la estructura de la sociedad: “Un cambio de la sociedad permite al historiador tomar otra distancia en relación con lo que se convierte globalmente en pasado”.<sup>[8]</sup> A diferentes distancias, diferentes estudios sobre el pasado.

Hasta aquí hemos visto cómo el historiador se halla estrechamente relacionado con un lugar social, en cuya relación éste último es el que establece los límites en la investigación histórica. Con acierto señala De Certeau que es sobre esta cuestión, sobre este “punto ciego” de la investigación, donde hay que trabajar para modificarlo.

El historiador debe estar consciente de su lugar social, y aquí entran de nuevo las ideas de De Certeau sobre *producción*. Hay que tener conocimiento del lugar desde donde producimos. No tener conciencia de ello equivaldría a desconocer qué lugar tenemos en las *relaciones de producción* (en el sentido marxista del término) y por lo tanto esta *inconsciencia de clase* nos conduciría al desconocimiento de la sociedad en que estamos insertados. Para

analizar la sociedad se hace necesario pues enlazar a la práctica histórica con un lugar.

En su capítulo “La observación histórica”, Bloch nos hablaba sobre todo de la práctica, del trabajo que ha de realizar el historiador para hacer historia. Nos decía, dando un gran paso sobre los positivistas, que los testimonios existían cuando el historiador los interrogaba. Los hechos históricos no son “positivos”, el historiador los construye. Esta misma idea maneja De Certeau, pero interviene de nuevo su idea de *producción*. Considera que el *acontecer histórico* (lo que se ha designado como *pasado*) hace las veces de *materia prima*, y para que dicho *acontecer* se transforme en historia, debe haber una mediación del historiador, quien trabajará sobre la materia y producirá un discurso.

La *práctica* (relacionada con técnicas y herramientas) para De Certeau depende de la estructura de la sociedad, del lugar social, por ello no será la misma en un mismo lugar en diferentes momentos, o en distintos lugares en un mismo momento.

El propio establecimiento de fuentes nos muestra la dependencia a la

estructura de la sociedad. Establecer las fuentes consiste en “poner aparte”, en convertir en documentos ciertos objetos, en “desnaturizarlos”; en hacer cambiar la condición de un objeto, que de desempeñar cierta función, ahora realiza otra; en convertirlo en el objeto de un saber. Para este establecimiento de fuentes se hace necesaria una operación técnica. Tómense por ejemplo los archivos modernos, en los cuales se da la combinación de un grupo (eruditos), un lugar (biblioteca) y prácticas (copiado, impresión, etc.). Si se presenta un cambio en esta operación técnica, si hay un cambio o reacomodo entre estos elementos, esto influye necesariamente en el establecimiento de fuentes.

La concepción de De Certeau sobre las prácticas del historiador está bastante lejos de la que proponían los positivistas, y se distingue también de la que planteaba Bloch.

En su *práctica*, señala De Certeau, el historiador toma prestados instrumentos de otras ciencias, toma modelos. El historiador define las unidades, los objetos, etcétera, a los cuales aplicará los modelos. Una vez aplicados éstos, el interés del historiador

se centrará en los límites de significabilidad del modelo, o sea, en las desviaciones, ahí donde el modelo no encaja. Es sobre estas diferencias, sobre estas desviaciones significativas - “mutaciones de sentido”-, donde el historiador trabajará y propondrá una serie de explicaciones. La ciencia está allí en donde hay una desviación significativa. Se habla de una *mutación de sentido* porque las desviaciones son en relación con aquello que se concibe como el *sentido de la historia*, como el fin, como el rumbo de la historia.

Si se tiene en cuenta lo anterior, la investigación histórica ya no parte de los “restos” del pasado; parte de una formalización (modelos) propia del presente, y con ella da lugar a *restos* (diferencias, *hechos*, sobre los cuales se trabaja para dar lugar a un *pasado*). El historiador sigue trabajando y situándose pues en el *hecho*, sin embargo la situación ha cambiado. Antes el *hecho* se presentaba al historiador como el depositario de la realidad; hoy, tal como lo maneja De Certeau, el *hecho* queda inscrito en los términos de una operación.

¿Cuál es la ventaja de trabajar sobre el límite, cuál es su interés científico? Un trabajo de este tipo (sobre la locura, la pobreza, las fiestas, etc.) permite ver la relación de los márgenes

con la *totalidad* supuesta, y corregir ahí donde sea necesario.

En esta práctica de aplicar los modelos la historia encuentra una función en relación con las otras ciencias sociales. Utilizar un modelo y hacer resaltar las desviaciones, resaltar sus límites de significabilidad, permitirá después volver sobre el modelo y corregirlo. Así, la historia, ensayando los modelos, adquiere una función crítica. La historia queda también como el conjunto capaz de contener y organizar todas las diferencias y ausencias que hizo notar.

A lo largo de este trabajo ha sido evidente que para exponer los planteamientos de De Certeau he seguido la estructura que él mismo manejó en su escrito. Entonces, es hora de hablar de la *escritura*.

De Certeau incluye dentro del proceso de producción de conocimiento a la construcción del texto. La *escritura* es por sí misma un proceso que parece invertir las características de la *práctica*: mientras la investigación comienza en la actualidad, la narración, forma propia de la escritura, obliga a seguir un orden cronológico. Así, la escritura parte desde el punto más antiguo; si por su naturaleza la investigación es interminable, el escrito

debe tener un fin. Y por último, mientras la investigación es motivada por las lagunas de la información, la escritura tiene por objeto llenar dichas lagunas.

¿Por qué incluir a la escritura dentro del proceso de producción de conocimiento? La *escritura* es una etapa de la investigación de la que el historiador, como productor de un saber, no puede escapar. El paso por la construcción de un texto y el recurso a la narrativa es pues necesario. Expliquemos: en el proceso de producción historiográfica se da la interacción entre un lugar, un sujeto (historiador) y un objeto (que contiene un saber). El historiador tiene la tarea de leer ese objeto, de llevar a cabo un trabajo de interpretación, y una vez leído, hay que traducir, hay que escribir, y se lleva a cabo una producción, una producción del saber. El historiador produce un discurso (que es una forma de capital) que va a insertar en un mercado (en el sentido económico del término), y como cualquier otro producto, estará sometido a fluctuaciones, a variaciones, a las exigencias del momento, etc.

Finalmente habría que agregar que la escritura es el discurso de la separación. Ella plasma el "lugar del muerto y el lugar del lector". Al introducir al pasado, al muerto, en su

discurso, no sólo le está dando un lugar al pasado, enterrándolo; también le da un lugar al vivo, indica “lo que queda por hacer”.

Con lo expuesto basta para darse cuenta de la idea rectora de De Certeau, es decir, su consideración del saber histórico como un producto que, como tal, se encuentra íntimamente ligado al *lugar* donde es producido (con todo lo que ello implica: normas de una institución, estructura de la sociedad, presiones sociales, etcétera), a las *prácticas* ejercidas por el historiador (determinadas también por el lugar) y a la construcción de un texto (que se convierte en discurso que es el capital contenedor del saber). Aunque esbozado de esta forma resulta sencillo, la propuesta de De Certeau lleva consigo numerosas novedades. El *hecho histórico*, por ejemplo, queda inscrito dentro de los términos de una operación, la historia adquiere una función crítica en relación con las otras ciencias, la escritura queda integrada al proceso de producción de conocimiento, la famosa subjetividad del historiador se desvanece en el lugar social, etcétera. Por su importancia, aclaremos el último punto.

Si el saber histórico es un

producto, entonces el historiador está integrado en las relaciones de producción, ocupa un lugar específico en ellas, y recordemos las palabras de Marx citadas en este trabajo al hablar de producción: hablamos de la producción de individuos que viven en sociedad, y además para que haya producción los instrumentos de trabajo y el saber acumulado son necesarios. Traduzcamos esto a la historia: el historiador es un productor que vive en sociedad, pertenece a una comunidad de la disciplina, a una institución histórica, y en función de ésta se establecen los métodos, las técnicas y los instrumentos. Así pues, la obra historiográfica está determinada y limitada por la institución misma, por la estructura de la sociedad. El *yo* del historiador se agrega al *nosotros* de un cuerpo social. Entonces, el historiador no es más un sujeto autor.

Como el epígrafe de este trabajo acertadamente lo señala, una práctica sin teoría no se puede sostener y por ello el historiador no debe desconocer las reflexiones teóricas sobre su profesión. Sin embargo, resulta lamentable que en estas fechas nos encontramos todavía con el estudiante de historia que no sabe ni

siquiera dar una definición de su disciplina.

## Fuentes

BLOCH, Marc (1998). *Apología para la historia o el oficio de historiador*, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

DE CERTEAU, Michel (1993). *La escritura de la historia*, Ciudad de México: Universidad Iberoamericana.

